

AGENDA GLOBAL

Montevideo Uruguay - Jueves 31 de mayo 2007 - Nº 5 - Distribuido con *la diaria*



TWN
Third World Network



GRUPO DE LOS OCHO

El costo de las promesas incumplidas

Roberto Bissio

Dentro de pocos días, en el aislamiento del balneario alemán de Heiligendamm, sobre el Báltico, la cancillera Angela Merkel será la anfitriona del Grupo de los Ocho (G-8).

El G-8 es el club más exclusivo del planeta, el más promocionado y a la vez el más secreto y menos conocido. Sus miembros se reúnen una vez al año para discutir de política a puertas cerradas. No toman resoluciones y si acaso llegan a una conclusión común no existen mecanismos para implementarla, ni reglas de juego que los obliguen a cumplirla. Nada importante entonces, si no fuera por el pequeño detalle de que los ocho contertulios no son ni más ni menos que los presidentes y primeros ministros de algunos de los países más poderosos del planeta: Estados Unidos, Canadá, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón y Rusia.

Sus colegas de Brasil, India y China suelen ser invitados a tomar el té y participar de algunas conversaciones, y desde hace algunos años los "ocho" también tienen la cortesía de invitar a la mesa por algunos minutos -y a sacarse otra foto- a cuatro o cinco presidentes africanos.

Como las reuniones son secretas nunca se sabe qué temas trataron. La única certeza es, paradójicamente, sobre qué temas no discutieron, que son precisamente aquellos sobre los cuales versará el comunicado final a la prensa. Ese texto es trabajosamente negociado durante meses por los delegados personales de los dirigentes, que asumen el fardo de escribir antes de la reunión los acuerdos para que sus jefes puedan charlar con libertad sobre lo que de verdad les preocupa. Estos negociadores se llaman a sí mismos "sherpas", comparando su tarea con la de los *sherpas* del Himalaya, que ayudan a los escaladores a llegar a las cumbres.

Los sherpas cargan el peso de las negociaciones trabajosas para que los líderes puedan tener una reunión

informal, descontraída y sin presiones de agenda, cimentando relaciones interpersonales y posibilitando diálogos fermentales. "Se discute de cualquier cosa menos de economía", me explicó hace un par de años un ex sherpa: "Mientras los 'ocho' acaparan titulares, fotos y la ira de los manifestantes, el verdadero poder está en el Grupo de los Siete" (o sea los ministros de finanzas del G-8 menos Rusia), que resuelven en reuniones más reservadas aún los temas de la economía globalizada.

La tesis de que lo importante es el encuentro de los líderes y no sus conclusiones prevaleció en las reuniones del G-8 hasta hace pocos años, al punto que algunas reuniones, como la realizada en Canadá en 2002, ni siquiera tuvo comunicado común, sino apenas una declaración resumen del primer ministro anfitrión. En el otro extremo, el primer ministro Tony Blair, coherente con su práctica de anunciar metas verificables para la acción de su gobierno, no sólo enfatizó el comunicado en su afán por mostrar resultados concretos a la opinión pública, sino que lo hizo firmar en ceremonia pública por los ocho mandatarios, como si fuera un tratado y no una mera declaración.

Enmarcada por conciertos simultáneos de rock en varias capitales, manifestaciones multitudinarias contra la pobreza y los atentados del 7 de julio en el metro londinense, la reunión de 2005 del G-8, presidida por Tony Blair en la localidad escocesa de Gleneagles, fue la de mayor impacto mediático jamás realizada, más aun que la presidida por Silvio Berlusconi en Génova en 2001, de triste fama por la muerte de un manifestante antiglobalización. Tony Blair logró en Gleneagles, al menos parcialmente, disociar su imagen política del desastre de la guerra en Irak. Las organizaciones ciudadanas aplaudieron su determinación al enfrentar en el mismo día a los atentados terroristas en Londres, la insensibilidad del presidente

George W. Bush a los temas del cambio climático y de casi todos los demás a la tragedia de la pobreza en África.

Ahora, a pocos días del final de su mandato, Tony Blair va a ir a Heiligendamm a despedirse de sus colegas después de un tiempo record de diez años de pertenencia al "club de los ocho". Pero esta vez la opinión pública y los manifestantes no van a pedirle promesas sino rendición de cuentas. "Dos años después, la verdad inaceptable es que las promesas se han roto, con terribles consecuencias", afirma un detallado informe que acaba de publicar la organización humanitaria Oxfam.

"Desde la cumbre del G-8 de 2005, se ha cancelado la mayoría de las deudas debidas por veintidós países al FMI y al Banco Mundial. Hay veinte millones de niños más escolarizados. Se han distribuido dieciocho millones de mosquiteros y más de un millón de personas tienen ya acceso al tratamiento para el VIH y el sida. (...) Pero a pesar de estos avances, los países ricos siguen sin cumplir todo lo prometido, y con frecuencia lo que se consigue es a trompicones, insuficiente y a un ritmo demasiado lento", dice el estudio (ver: www.oxfam.org).

La ayuda no es la solución a todos los problemas, pero cuando se trata de combatir la pobreza es la acción más inmediata, rápida y efectiva si está bien concebida y honestamente administrada. En 2005, recuerda Oxfam, el G-8 prometió incrementos anuales en su ayuda de 50.000 millones de dólares. Esto no es suficiente y significa apenas la mitad de la meta, establecida en 1970, de conceder como ayuda el 0,7 por ciento del PIB de los países ricos. Sin embargo, apenas dos años después de Gleneagles, la ayuda de los países del G-8 a los países pobres está disminuyendo, no aumentando.

Con relación a la deuda externa, Oxfam enumera los beneficios obtenidos por veinticuatro de los cuarenta países

más pobres del mundo a los que se les ha cancelado la deuda bilateral y multilateral. Pero diecisiete de los países potencialmente beneficiados todavía están en la lista de espera y al menos veinte más deberían ser incluidos en ella para acercarse al cumplimiento de las metas de reducción de la pobreza acordadas para el año 2015.

En el aspecto comercial es donde peor ha sido el desempeño de los "ocho". La Ronda de Doha de negociaciones multilaterales está prácticamente estancada y existe la amenaza de que Estados Unidos y la Unión Europea lleguen a un acuerdo e impongan a la mayoría un resultado desfavorable para los intereses de los países pobres. "Si esto sucede, los países en desarrollo verán mínimos resultados en los temas que les importan, como la reducción del *dumping*, y en cambio tendrán que pagar con 'concesiones', abriendo sus mercados a productos industrializados, servicios y alimentos procesados".

Peor aún, el estancamiento en la Organización Mundial de Comercio (OMC) está siendo usado por Estados Unidos y la Unión Europea para presionar por acuerdos bilaterales "que no tienen resultados favorables al desarrollo al exigir mayor liberalización del comercio y las inversiones que la OMC y reglas más estrictas de propiedad intelectual".

Con meticulosidad, Oxfam calcula el costo del no cumplimiento de las promesas. No en dinero sino en vidas. De aquí a 2010, medio millón de personas portadoras de VIH-Sida morirán por falta de tratamiento que les podría haber sido provisto, dos millones de madres morirán por falta de atención básica en sus partos, dos millones y medio de niños morirán por causas que la ayuda prometida y no concedida podría evitar.

Total: cinco millones de muertes anunciadas. ■

Actualmente hay un gran bombo publicitario a escala internacional en torno a los biocombustibles. Estos materiales son considerados una de las soluciones a la crisis mundial de energía y el problema del cambio climático causado por las emisiones de gases de efecto invernadero. La Unión Europea ve a los biocombustibles como una fuente de “energía sostenible”, mientras que Estados Unidos los considera “una forma de salir de la adicción y la dependencia” del petróleo extranjero, y también como solución tecnológica al cambio climático. A medida que aumenta la demanda, muchos países en desarrollo ven en los biocombustibles una nueva mercancía de exportación.

Los biocombustibles implican en gran medida la producción de etanol derivado de plantas, como sustituto del combustible diesel derivado de fósiles. Muchas de las fuentes actuales de biocombustibles se derivan de cultivos alimenticios como el maíz, la caña de azúcar, la palma aceitera, la soja y las semillas de colza. Ante la enorme preocupación por el aumento de los precios de los alimentos debido a la competencia por la producción de combustible, se estudian las posibilidades de una nueva generación de combustibles producidos a partir de desechos agrícolas y forestales, que todavía no son comercialmente viables.

El biocombustible no es una nueva fuente de energía. Muchas comunidades de todo el mundo la han utilizado en el pasado, aunque en pequeña escala y en general en el ámbito doméstico.

En muchas partes del mundo, los biocombustibles han demostrado potencial para aumentar el acceso de los pobres a la energía e incluso ofrecer fuentes de ingreso para los hogares rurales, en especial los encabezados por mujeres. Sin embargo, la gran fanfarria armada en torno a los biocombustibles tiene un objetivo diferente, que no es precisamente ayudar a los pobres, cuyo limitado acceso a la energía y a los alimentos está gravemente amenazado. Los biocombustibles que tanto entusiasman a todo el mundo no se producen a escala doméstica sino industrial, en la dimensión del mercado internacional y en un mundo cada vez más globalizado. Lo más preocupante es que este paradigma del mercado se basa en la falsa creencia de que los biocombustibles ofrecen una solución tecnológica rápida a la crisis mundial de la energía.

A medida que los países dependientes de importaciones de combustibles fósiles se esfuerzan por encontrar alternativas más económicas

Biocombustibles: fantasía y realidad

Hira Jhamtani y Elenita Dano

La falsa noción de que los biocombustibles son la panacea para la crisis energética y el calentamiento del planeta tiende a imponerse. Mientras que los países ricos se niegan a modificar su producción y sus modelos de consumo insustentables, los países en desarrollo que se embarcan en el cultivo de biocombustibles en gran escala inician un camino destructivo y peligroso.

y que los países productores de biocombustibles buscan capturar su posible porción del mercado, se alimenta la ilusión de que nuestro insustentable sistema de producción, de consumo y de vida puede mantenerse con biocombustibles “limpios”, en lugar de los costosos y contaminantes combustibles fósiles. El énfasis se pone en la atención de la enorme demanda de las industrias y de los países industrializados. Esto genera algunas preocupaciones muy importantes en los países en desarrollo y en el resto del mundo.

Seguridad alimentaria

Los biocombustibles actuales se producen principalmente a partir de soja, maíz y maní, y también de mandioca, caña de azúcar, palma aceitera y semillas de colza. Por lo tanto, se prevé que la competencia entre el biocombustible y el suministro de alimentos se manifieste tanto en los recursos agrícolas como en el precio. *Competencia por la tierra y los recursos agrícolas.* El cultivo en gran escala de productos para usar como biocombustible generará una nueva competencia por recursos agrícolas y/o aumentará la competencia actual entre la producción de alimentos y la de biocombustibles, principalmente por agua y tierra. Deberían asignarse más tierras a la producción de biocombustibles, en especial de cereales y otros cultivos alimenticios, a fin de atender la creciente demanda y controlar así los precios disparados.

El problema es que el planeta dispone de poca tierra para destinar al cultivo de alimentos, mucho menos para destinar al cultivo de biocombustibles.

Según estimaciones, más de un tercio de todas las tierras agrícolas

deberían convertirse a la producción de biocombustible para que la participación de éste en el consumo de combustibles para transporte aumente a diez por ciento.

El aumento de la producción de biocombustibles a escala comercial y la expansión de zonas agrícolas incrementarán sustancialmente la demanda de agua para fines agrícolas, que ya insumen noventa y tres por ciento del agua dulce disponible en el planeta. Ya se proyecta que la cantidad de agua necesaria para la producción de alimentos aumente de sesenta a noventa por ciento en los próximos cincuenta años, especialmente si no mejora la productividad de agua. Si a esto agregamos la demanda de producción de biocombustibles y las consecuencias del cambio climático sobre el suministro de agua, el planeta se enfrentará a una nueva crisis.

En la competencia entre alimentos y combustibles, los pobres, que tienen acceso limitado al control sobre la tierra y que deben luchar por el agua en muchos casos, llevan todas las de perder.

Aumento de los precios de los alimentos. Se prevé que los cultivos alimenticios, en particular los cereales, se producirán más como combustible que como alimento humano o animal. Aunque la segmentación de precios en el mercado internacional de productos básicos pueda no ser un problema, la creciente demanda de productos que se venden también como alimento humano o animal naturalmente elevaría su precio. En 2006, los precios del azúcar se duplicaron -impulsados en parte por el uso de caña azucarera como combustible en Brasil- y los del maíz y el trigo aumentaron veinticinco por ciento. Se proyecta que, si se mantiene el actual ritmo de aumento

de la demanda de biocombustibles, para 2020 el precio del trigo aumentará treinta por ciento, el del maíz cuarenta y uno por ciento, y el de las semillas oleaginosas 76,6 por ciento.

Para las personas más pobres del mundo, que destinan al menos la mitad de sus ingresos a la compra de alimentos, el aumento del precio de los cereales puede significar una amenaza para la subsistencia. Los precios más caros marginarían todavía más a los pobres del mundo, cuyo acceso fundamental a los alimentos suele verse obstaculizado por fluctuaciones de la oferta, la demanda y los precios. Se desviarían así fuentes de carbohidratos y proteínas de las personas al mercado de la energía. Asimismo, los altos costos de los alimentos para animales dejarían a los productores ganaderos y avícolas fuera del negocio, privando a millones de familias pobres de su fuente de sustento.

El aumento de ingresos que los agricultores previsiblemente obtendrán por la subida de los precios de sus cosechas si plantan para producir biocombustibles será contrarrestado entonces por los altos precios que deberán pagar para alimentar a sus familias.

Seguridad alimentaria bajo amenaza.

En definitiva, lo que está en juego es la seguridad alimentaria del mundo. La reiterada afirmación de que el mundo produce el doble de alimentos de lo que su población necesita puede dejar de ser verdad ante la competencia de los biocombustibles. Con los pésimos sistemas de distribución de alimentos y el acceso desigual a ellos, los pobres del mundo sufrirán más las consecuencias de la producción masiva de biocombustibles.

Problemas ambientales

Los biocombustibles han sido promovidos como una fuente de energía “limpia”. Pero un análisis de su eficiencia y de su ciclo de vida, desde la producción hasta el uso y las emisiones, demuestra lo contrario. Lamentablemente, el impacto ambiental de la producción de biocombustible ha sido ignorado en medio del entusiasmo por la promesa de una alternativa “limpia” a los combustibles fósiles.

En realidad, la producción comercial de biocombustibles requiere más combustibles fósiles. La relación de energía de los biocombustibles (la cantidad de energía fósil que insume la producción de biomasa comparada con la energía que produce) no es nada prometedora. Según los investigadores David Pimentel y Tad Patzek, esa relación sería negativa. Para otros investigadores, el retorno sería de apenas 1,2 a 1,8. El del etanol sería el más alto. Los expertos no se muestran optimistas en cuanto a los biocombustibles de celulosa. Paradójicamente, la producción de biocombustibles a escala industrial dependerá de los combustibles fósiles para el funcionamiento de las plantas



de procesamiento y de los camiones y buques cisterna que transportarán los productos finales a sus respectivos destinos. En la hipótesis más pesimista, lo que se pueda ahorrar de emisiones de gases de efecto invernadero gracias a la adopción de biocombustibles podría ser contrarrestado por el aumento del uso de combustibles fósiles para la producción de biocombustibles a escala industrial.

Mayor dependencia de insumos agrícolas basados en combustibles fósiles. En un giro paradójico, la producción comercial de biocombustible basada en sistemas de monocultivo industrial e intensivo aumentará el uso de insumos agrícolas basados en combustibles fósiles, como los fertilizantes inorgánicos y los pesticidas químicos, con los consiguientes problemas de contaminación del agua y del suelo. La producción industrial de maíz, por ejemplo, exige altas cantidades de fertilizantes de nitrógeno químico y del herbicida atrazina. La soja requiere también enormes cantidades del herbicida no selectivo Roundup, que altera la ecología del suelo y produce "superhierbas". La producción intensiva y los monocultivos provocan una gran erosión de la capa superficial del suelo y del agua superficial y subterránea, debido a la escorrentía de pesticidas y fertilizantes. Cada litro de etanol insueme de tres a cuatro litros de agua en la producción de biomasa.

Cultivos modificados genéticamente
El bombo publicitario sobre los biocombustibles presenta una lucrativa oportunidad para la promoción de cultivos modificados genéticamente (transgénicos). Actualmente, cincuenta y dos por ciento del maíz, ochenta y nueve por ciento de la soja y cincuenta por ciento de la canola que se plantan en Estados Unidos son transgénicos, y gran parte se usa ya para la producción de biocombustible. La expansión de los cultivos de semillas oleaginosas y cereales transgénicos para biocombustible puede contaminar el suministro de alimentos, como quedó demostrado por numerosos ejemplos de introducción de cultivos transgénicos no destinados al consumo humano en la cadena alimentaria, incluso fuera del país en que tuvo lugar la contaminación.

Asimismo, los árboles manipulados genéticamente para que crezcan más rápido, destinados a transformarse en biocombustible, presentan riesgos ambientales que no han sido adecuadamente evaluados. Por ejemplo, poco se sabe sobre las posibles consecuencias de la introducción de estos árboles sobre otras especies forestales, así como sobre la biodiversidad forestal en general.

Deforestación. Además, existe el problema de la deforestación en los países en desarrollo tropicales. Indonesia es el mejor ejemplo. Este país proyecta ampliar las plantaciones de palma aceitera para satisfacer la demanda nacional y extranjera de biocombustible. Las plantaciones de palma aceitera están asociadas con incendios forestales y de otras



tierras que, en los últimos veinte años, han causado un grave daño a la biodiversidad, además de empeorar la degradación ecológica y provocar nubes transfronterizas de humo tóxico que pone en riesgo la salud humana y causan pérdidas económicas.

Aunque el problema de los bosques y los incendios forestales permanece sin resolver, la creciente demanda de aceite de palma de Europa para su uso como biocombustible ha generado una nueva presión sobre los bosques de Indonesia.

De manera similar, los monocultivos de soja de gran escala han dañado más de treinta y siete millones de hectáreas de bosques y pasturas en Argentina, Brasil, Bolivia y Paraguay. Para satisfacer la demanda mundial, solo Brasil tendría que talar sesenta millones de hectáreas más de bosques. Esta tala aumentaría el impacto de la deforestación de bosques tropicales, con consecuencias que abarcarían desde inundaciones hasta sequías y erosión. Una vez más, esta tendencia contraría el propósito de los biocombustibles como alternativa más limpia y ambientalmente sustentable que los combustibles fósiles.

Más importante aún, la deforestación sigue amenazando la supervivencia de pueblos indígenas, residentes de zonas forestales y pobres rurales cuyo sustento e identidad cultural dependen de los bosques.

¿Quién se beneficia?

Sin un cambio fundamental del paradigma, un mero ajuste tecnológico podría agravar la inequidad entre ricos y pobres. Esto se aplica también a los biocombustibles. Una transición a los biocombustibles basada en el fundamentalismo de mercado no logrará aumentar el acceso de los pobres a la energía. Por el contrario, simplemente repetirá la experiencia mundial sobre la energía derivada de los combustibles fósiles, en la que los subsidios, los mecanismos del mercado y el control de las grandes empresas sobre la tecnología condujeron a un acceso desigual a la energía, precios distorsionados, operaciones cartelizadas y problemas ambientales.

Sin un cambio simultáneo en los modelos de producción y consumo, los países en desarrollo estarán produciendo combustibles para otra industria subsidiada del Norte y fomentando estilos de vida insustentables, e ignorando a la vez las necesidades básicas de energía de sus propios pueblos. Es obvio que la Unión Europea, Estados Unidos y quizá otros países industrializados, como Japón, no pueden producir

todo el biocombustible que necesitan. Sus empresas se están expandiendo hacia países en desarrollo, donde hay abundante tierra, mano de obra barata, y normas ambientales y sociales poco estrictas.

Y después de la "moda" del biocombustible, ¿qué?

Algunas proyecciones demuestran que el entusiasmo por los biocombustibles puede ser transitorio, según el precio y la oferta de combustibles fósiles. A medida que más y más países en desarrollo entren en el mercado de los biocombustibles, los precios inevitablemente comenzarán a bajar. El mundo en desarrollo podría terminar con millones de hectáreas plantadas con cereales y semillas oleaginosas, y esto podría provocar un desplome de los precios y el consiguiente abandono de las plantaciones, como ocurrió en el centro de Filipinas en los años ochenta con la caña de azúcar, cuando se popularizó el azúcar de maíz y el precio de la caña azucarera cayó estrepitosamente. Ese daño sería irreparable, dado que reconvertir esas tierras para cultivos alimenticios sería demasiado costoso, si no imposible. Los países en desarrollo corren riesgo de reproducir la desastrosa experiencia de la década del ochenta, cuando un país tras otro, por consejo del Banco Mundial, ingresó en el mercado de los productos básicos con los mismos cultivos, lo que provocó un desplome de los precios.

Para prevenir otra catástrofe similar, los países en desarrollo debería hacer un análisis cuidadoso de las trampas que tienen en su camino. En lugar de apostar todo su esfuerzo y sus limitados recursos a una opción tecnológica, los gobiernos auténticamente preocupados por la crisis mundial de energía deberían estudiar todas sus fuentes nacionales de energía limpia, como el viento, el sol, el agua y el biogás de los desechos, principalmente mediante una producción comunitaria, para incrementar el acceso de los pobres a la energía y brindar oportunidades de sustento a los pobres rurales, en especial a las mujeres. El autoabastecimiento debe ser el paradigma de cualquier avance tecnológico en materia de energía. ■

Hira Jhamtani y Elenita Dano son investigadoras asociadas de Third World Network (TWN) residentes en Bali (Indonesia) y Mindanao (Filipinas), respectivamente.

Traducción: María Laura Mazza

SUNS

South-North Development Monitor

Agricultura: El presidente de las negociaciones sobre agricultura de la OMC, el embajador neozelandés Crawford Falconer, emitió la segunda parte de su "Documento del desafío" en la tarde del viernes 25 de mayo. Esta segunda parte contiene secciones sobre el mecanismo de salvaguardia especial, productos tropicales y para diversificación, economías pequeñas y vulnerables, la ayuda interna del compartimento verde, la progresividad arancelaria, la simplificación arancelaria, los países menos adelantados, la erosión de las preferencias, los miembros de ingreso reciente, el algodón y los productos básicos. Desde el punto de vista de muchos países en desarrollo, la sección más importante -y quizá la más decepcionante- del documento de Falconer es la relativa al mecanismo de salvaguardia especial. (30/5/2007) ■

Agricultura: El presidente de las negociaciones sobre agricultura de la OMC, el embajador neozelandés Crawford Falconer, anunció el martes su intención de presentar un borrador revisado sobre modalidades de negociación en la segunda mitad de junio. (30/5/2007) ■

Comercio: El presidente de las negociaciones sobre acceso a los mercados para los productos no agrícolas de la OMC, el embajador canadiense Don Stephenson, presentará su borrador de modalidades de negociación para el 1 de agosto, anunció a los miembros el viernes 25 de mayo, en referencia a su semana de consultas. (30/5/2007) ■

Salud: La Asamblea Mundial de la Salud aprobó una resolución sobre la influenza pandémica que vincula la entrega de virus por parte de los países afectados por el brote de gripe aviar con el acceso de los países en desarrollo a vacunas y otros beneficios. (25/5/2007) ■

Salud: Una de las decisiones más polémicas e importantes tomadas por la 60ª Asamblea Mundial de la Salud, que finalizó el miércoles 23 de mayo, fue la aprobación de una resolución sobre salud pública, innovación y propiedad intelectual. (25/5/2007) ■

SUNS es una fuente única de información y análisis sobre temas de desarrollo internacional, con especial énfasis en las negociaciones Norte-Sur y Sur-Sur. El servicio en inglés está disponible para suscriptores en: <http://www.sunsonline.org>

En un mundo desigual, ¿cómo podemos lograr una mayor participación de los países en desarrollo y reformar el orden económico mundial? Este fue el tema de la Mesa Redonda que tuvo lugar la semana pasada en Kuala Lumpur sobre la Gobernanza Mundial, realizada como parte del Proceso de Helsinki, una iniciativa encabezada por Finlandia y Tanzania para salvar la brecha entre el Norte y el Sur.

La mesa redonda, organizada por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Malasia, reunió a ochenta expertos y representantes de unos diez gobiernos y ONGs que discutieron sobre la globalización, el régimen comercial y el sistema financiero internacionales, el fortalecimiento del papel de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y estrategias nacionales de desarrollo.

El canciller malasio Datuk Seri Syed Hamid Albar dio inicio a la discusión al decir que las injusticias económicas mundiales se agravaron con la globalización y los cambios tecnológicos. En algunas áreas, en especial las finanzas, faltan normas (lo que provoca flujos descontrolados de capital e inestabilidad financiera), mientras que en otras (como el comercio) hay normas pero están con frecuencia sesgadas hacia los intereses de los países ricos, señaló.

El canciller malasio instó a reformar las instituciones mundiales para permitir que los países en desarrollo tengan más peso en las decisiones, como también a fortalecer el sistema de la ONU haciendo que su forma de gobierno sea más justa y equilibrada y que la organización tenga mayor autoridad en asuntos económicos y sociales.

Su homólogo de Tanzania, Bernard Membe, reclamó cambios coordinados, incluso una reforma del sistema económico mundial y el fortalecimiento de instituciones de gobierno, a nivel nacional y e internacional, para corregir desequilibrios mundiales insostenibles.

Las dimensiones de la gobernanza mundial incluyen el proceso de toma de decisiones y la naturaleza y los efectos de las normas y prácticas multilaterales, subrayó Yilmaz Akyuz, ex economista jefe de la UNCTAD. El orden mundial actual se caracteriza

Cómo reformar el sistema económico mundial

Martin Khor

por asimetrías y desequilibrios que benefician principalmente a los países industrializados. Por ejemplo, se protegen áreas de interés para el Norte como la agricultura, el movimiento de mano de obra y la transferencia de tecnología, mientras se pide al Sur que se liberalice en materia de bienes industriales, flujos de capital e inversión extranjera directa, señaló.

Los actuales acuerdos de globalización impiden que los gobiernos regulen los mercados financieros, en tanto las normas comerciales internacionales y las condiciones crediticias de las instituciones financieras internacionales restringen el espacio político de los países en desarrollo. Sin embargo, éstos conservan aún distintos grados de autonomía política.

El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial han alcanzado su mínimo histórico de credibilidad e importancia, por lo tanto sus mandatos deben ser reformados, exhortó Akyuz. El FMI debe concentrarse en asegurar la estabilidad financiera mundial y dejar las políticas comerciales y de desarrollo en manos de otras instituciones. Por su parte, el Banco Mundial debe transformarse en un auténtico banco de desarrollo y no involucrarse en el "ajuste estructural" de los países del Sur, sino en créditos para proyectos.

En cuanto al régimen comercial, el experto internacional Bhagirath Lal Das dijo que el sistema multilateral de comercio ofreció a los países en desarrollo cierta seguridad contra

las acciones unilaterales de países más fuertes. Sin embargo, existen desequilibrios en las normas, el funcionamiento y el sistema de toma de decisiones de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que actúan en contra de los países en desarrollo.

El acuerdo sobre la agricultura permite el mantenimiento de enormes subsidios en los países industrializados, mientras que exige a los países en desarrollo que restrinjan sus subsidios y reduzcan sus aranceles significativamente. Y estos últimos también se enfrentan a estrategias proteccionistas, como las medidas antidumping y las barreras no arancelarias.

El subsecretario general de la Commonwealth, Ransford Smith, destacó que la OMC debe dejar de concentrarse en la liberalización y transformarse en una organización orientada al desarrollo.

En la discusión, los participantes señalaron que si la actual Ronda de Doha de negociaciones de la OMC estuviera orientada al desarrollo, su conclusión beneficiaría a los países del Sur. Sin embargo, muchos de ellos opinaron que las propuestas carecían de un contenido de desarrollo y descuidaban intereses específicos de los países del Sur, como el fortalecimiento del trato especial y diferenciado.

La mesa redonda también discutió asuntos relacionados con la propiedad intelectual. Gurdial Singh Nijjar, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Malaya, observó que los países deberían poder decidir entre las

condiciones de monopolio otorgadas a los propietarios de patentes y el interés público. Pero si la propiedad intelectual se incorpora a los asuntos regulados por la OMC, el espacio político de los países en desarrollo se verá limitado, dado que éstos deberán adoptar normas más estrictas que inclinarán la balanza a favor de los propietarios de patentes, en perjuicio del desarrollo social y económico.

La presidenta del Banco Central de Malasia, Tan Sri Zeti Akhtar Aziz, que habló sobre la arquitectura financiera mundial, señaló nuevos problemas como los flujos transfronterizos de capital no controlados, nuevos instrumentos financieros como los productos derivados, que representan un riesgo para las finanzas internacionales, y la creciente interdependencia entre los países, que aumenta el riesgo de contagio.

Es necesaria una reforma de la arquitectura financiera que se ocupe de estos nuevos problemas, instó Aziz. A nivel internacional no se ha avanzado mucho en esa reforma, pero hay más cooperación regional en Asia gracias a la incorporación de un mecanismo de vigilancia, un sistema macroadministrativo, un marco de manejo y resolución de crisis, e iniciativas de desarrollo de capacidad. En ausencia de un marco normativo mundial, los países en desarrollo deben procurar la cooperación financiera regional. Al mismo tiempo, deben cooperar para tratar de reformar el sistema financiero internacional.

Sobre el fortalecimiento de la ONU, el embajador pakistaní Munir Akram, presidente del Grupo de los 77, dijo que el foro mundial realizó importantes contribuciones al desarrollo mediante la elaboración de normas en las áreas económica, social y humanitaria. Las grandes potencias la han marginado, pero el actual declive del FMI y el Banco Mundial ofrece la oportunidad de fortalecer su papel económico. La ONU está en una buena posición para coordinar el gobierno económico mundial y darle coherencia, destacó Akram. ■

Martin Khor es director de Third World Network (TWN).

Traducción: María Laura Mazza

AGENDA GLOBAL

Redactor responsable: Roberto Bissio. **Redactor asociado:** Marcelo Pereira. **Editor:** Alejandro Gómez. **Coordinadora:** Virginia Morales.

(c) Instituto del Tercer Mundo (ITeM). El ITeM es una organización sin fines de lucro, no gubernamental y políticamente independiente con sede en Montevideo, que representa en América Latina a Third World Network (TWN), una red de organizaciones y personas que expresa en los foros globales puntos de vista de la sociedad civil del Sur. www.item.org.uy / item@item.org.uy

